

LAURA MONTOYA UPEGUI

Alicia Giraldo Gómez

Imposible prescindir en este momento, cuando estamos hablando de la plenitud y vigencia de los derechos humanos, en un foro sobre mujeres que irrumpieron con fuerza desde las primeras décadas del siglo XX, de la figura estelar y bien controvertida de Laura Montoya Upegui, hoy Madre Laura, Misionera de María Inmaculada de Santa Catalina de Siena, en víspera de su beatificación, el próximo domingo 25 de abril, primavera del año 2004.

En el suroeste del Departamento, en la ciudad de Jericó, las campanas se dieron a vuelo porque allí se encuentra su Pila bautismal, la misma de tantos grandes de Antioquia, al llegar la noticia a la Cancillería de la Diócesis, presidida por el Secretario Canciller, Académico Monseñor Nabor Suárez.

Para mí es un gran compromiso que lo asumo con alegría, pero con inmenso temor y respeto me acerco, así sea por unos minutos a la excelcitud de vida, porque estoy muy lejos de acertar en sus justas dimensiones.

Esa Pila Bautismal fue bañada en lágrimas cuando ella contaba 30 años de edad, antes de salir para su primera aventura: Allí lloró inconsolable al agradecer y alabar al Señor por el misterio y sacramento de su vida en la diaria oblación, por la conquista de almas para la Gloria del Padre.

Fueron sus padres, Juan de la Cruz Montoya y Dolores Upegui. Tuvieron tres hijos: Carmelita, Juan de la Cruz y Laura, bautizada el 26 de mayo de 1874.

Al morir su padre noble y cumplido ciudadano, en los campos de batalla y víctima de la violencia política, la familia tuvo que emigrar al campo a una finca en Amalfí, en la más absoluta pobreza.

Laura fue enviada a Medellín para estudiar en la Escuela del Espíritu Santo, en donde no tuvo éxito. Era una humilde campesina, pobre, mal vestida, con la ropa que le regalaban a su familia para que distribuyera entre las huérfanas.

Por su cuenta, buscó ingreso en la Escuela Normal, lo cual fue posible gracias a la intervención del entonces Secretario de Educación, doctor Pedro Antonio Restrepo gran líder político, amigo de su padre. Era nada menos el papá del más tarde Presidente de la República, doctor Carlos E. Restrepo. En la biblioteca estudió y se preparó para ser admitida. En la normal fue la excelencia y gozaba hasta de privilegios. Allí tuvo amigas que más adelante le sirvieron en su angustiosa vida de pobreza y desarraigo, sin hogar, sin dinero.

Desde los 16 años trabajó en el manicomio que dirigía su tía María Jesús Upegui. Una compañera de colegio, María Jesús Mejía Álvarez, fue su mejor amiga y quien la alojó en su casa de Itagüí en momentos difíciles.

Consideró la estadía en la Normal como su Noviciado bajo la dirección de la señora Marcelina Robledo de Restrepo. Escribe su autobiografía que desde esa época sentía una fuerza interior que la llamaba a una gran misión. Quería quemarse por los demás pero no veía el camino para alcanzar este ideal.

Al graduarse como maestra ejerció en muchos pueblos; en Amalfi, Fredonia, Santo Domingo, La Ceja y Medellín. Fue acumulando ricas experiencias pero jamás fue bien comprendida. Por el contrario, sentía el rechazo de sus superiores porque veían en sus planes y proyectos aventuras de adolescencia y juventud. De su magisterio en Santo Domingo

conserva la amistad y el aprecio de los Escritores Tomás Carrasquilla y Francisco de Paula Rendón.

En Medellín dirigió el Colegio de la Inmaculada al que asistían las hijas de los señores ricos de la época. Le fue encomendada la preparación para la Primera Comuni3n de la ni3a Eugenia ngel. Y la verdad que cal3 tanto en su alma el amor a la Sagrada Eucaristía, que esta ni3a lleg3 con el tiempo a llenar los altares de flores y los sagrarios de hostias para consagrar, en las capillas de Medellín y de los pueblos a nombre de Eugenia ngel de Vélez.

Sus clases de religi3n y la pedagogía empleada admiraban a los padres de familia, porque de ni3as dscolas y difíciles se convertían en alumnas comprometidas con sus ense3anzas, proyectos doctrinarios y direcci3n espiritual.

Sucedio lo inesperado. La primera cruz en su magisterio. El bien conocido médico y escritor Alfonso Castro, escribi3 la novela *Hija Espiritual* y en ella acus3 a Laura en forma grotesca que con su falsa piedad, estaba cometiendo conductas corruptas con las alumnas. El golpe fue certero. El colegio cerr3 sus puertas dada la calidad intelectual del autor; Laura recibio el rechazo de la sociedad, nadie la recibía en su casa, ni sus mismos protegidos. La amenazaban con piedra y repudio público.

Guard3 silencio, pero sentía su alma destrozada. En el Medellín de entonces, pueblerino y chismoso, la calumnia corri3 rápidamente. Algunas de sus primeras alumnas salieron en su defensa. No fue suficiente. Ella tom3 un cuchillo candente y se tatu3 la cruz en el pecho. Su confesor la oblig3 a defenderse públicamente y con la colaboraci3n de don Tomás Carrasquilla, escribi3 una Carta abierta, que fue calificada por sus bi3grafos como un documento de mucha importancia para la historia de las letras antioque3as.¹

Al final de sus días el doctor Castro se convirti3 y pidi3 perd3n públicamente.

1 Ver al respecto el Anexo C de este texto.

Con los años los fracasos agigantaron su vocación misionera y volvió al magisterio en 1910; fue nombrada maestra en la Escuela Anexa a la Normal, pero su destino y misión estaba en las selvas en busca de los indios.

En la primera excursión, salió del suroeste, de Jardín, en donde inició su aventura misionera con tres amigas, con el rechazo general por los peligros en los caminos; los ríos y el crudo invierno. Las acompañó el padre Ezequiel Pérez. Le decían, es tan loca la aventura que San Juan de la Cruz no la haría. Ella contestaba: No necesito a San Juan de la Cruz, porque él ya murió y él no gobierna a Laura.

En medio de penalidades llegaron a Guapá; allí se levantó en un bohío el primer altar para consagrar las hostias que el padre Ezequiel repartió a 72 indiecitos, siendo ésta la primicia de esa aventura misionera.

Así, en el suroeste donde nació, encontró la cuna de su catequesis indígena.

Empezó la gran obra de Laura Misionera. De Medellín salió por terribles caminos hacia Urabá, pasando por Dabeiba; Frontino fue el centro de sus futuras expediciones por las selvas chocoanas y el Playón de San Jorge en busca de los indios cunas y los catíos.

Su obra se fue extendiendo en medio de contradicciones. No siempre tuvo el apoyo de la Iglesia. Solicitó una celda en El Carmelo y no fue aceptada. Monseñor Manuel José Caicedo, Arzobispo de Medellín, le negó el apoyo y le quemó su opúsculo sobre la lengua Catía.

No se entendía siempre con los sacerdotes y altos jerarcas de la Iglesia, pero el Obispo de Antioquia, Monseñor Maximiliano Crespo le brindó su colaboración y en 1916 alcanzó la erección canónica de la Congregación, con el nombre de Misiones de María Inmaculada y de Santa Catalina de Siena.

Laura irrumpió en una época en que la sociedad no concebía, ni los hombres ni el clero permitían que la mujer hiciera algo distinto de cuidar hijos y enseñar las primeras letras en su hogar. No podía salir a la calle, ni menos a los campos y selvas, montar en mulas en sillas de mujer exponiendo su dignidad. Mucho menos entenderse con Obispos, con

Presidentes de la República y hasta con el mismo Pontífice Romano. Esto rompía todas las tradiciones respecto a la educación cristiana de mujer.

Para sus sencillas monjitas, Laura llevaba la luz en lo alto; Ella era, como dice el Evangelista, luz que brilla ante los hombres a fin de que se vea el bien que se hace y se glorifique al Padre que está en los cielos.² Y en verdad, a todas las iluminaba. Hizo profesión y empezó el noviciado con 13 hermanitas. Se creó la Prefectura de Frontino y los Carmelitas fueron sus aliados. La misión cubrió Antioquia y Chocó; de los Playones de San Jorge hasta el peligroso río Uré, su afluente. Con los años algunas monjas van volando al cielo. Así, en 1923 murió en Dabeiba su mamá. La Hermana María del Sagrado Corazón y en Uré, en 1925, murió Isabelita Tejada hoy camino a los altares.

La madre Laura se coloca al lado de San Pedro Claver el apóstol de los negros, promotor de los derechos humanos y ella, como apóstol de los indígenas que inició la gran revolución de integración étnica en el país. Ya hoy vemos representantes de todas las fusiones raciales compartiendo los escaños legislativos en Colombia.

Con Monseñor Miguel Ángel Builes, Obispo de Santa Rosa de Osos, la Madre Laura tuvo grandes coincidencias y mayores distancias. Ambos fueron personalidades recias, que en un principio se complementaron para sacar adelante meritorias obras apostólicas. Uno de sus colaboradores diría de ellos que se trataba del encuentro de “dos acorazados en alta mar, dos águilas en la mitad del cielo”. Una de las obras de Monseñor Builes fue la fundación del Seminario de Misiones de Yarumal.

Las Lauritas, como cariñosamente las llamamos, están cumpliendo su misión en 19 países de América, Europa y África. En el ejercicio apostólico han sido respetadas hasta por las culebras, menos por la guerrilla que a varias de sus hijas han asesinado en los caminos. Otras han fallecido vadeando ríos, navegando en chalupas o gozan de retiro en la Casa de Belencito y en silla de ruedas esperan la voz del Señor.

Así terminó este coloso de Dios, Madre Laura sus últimos días y las puertas del Cielo se abrieron de par en par para recibirla el 21 de octubre de 1949.

2 Mateo 5, 14-15.

Anexo A

Personalidad de la madre Laura, estampa humana

Algunos aspectos de su manera de vestir la marcaban en perfil señorial por su gran volumen; vestía siempre de negro con cierto aire a las damas de Castilla la Vieja, dice el Padre Carlos E. Mesa; tenía distinción y finura aristocrática.

De mediana estatura, tez morena clara y ojos negros de mirada profunda, que cubría con gafas antiguas. En sus modales demostraba grandeza de alma e inteligencia privilegiada con gran claridad de pensamiento. Autodidacta y sin lauros académicos, le fueron suficientes los estudios básicos de la época. Tenía gran facilidad de expresión y discurría sobre temas históricos, pedagógicos, letras y ciencias eclesiásticas.

En uno de sus libros *Lampos* pone de manifiesto su calidad teológica.

Hasta sus enemigos le reconocieron su inspiración, su mística, inteligencia, liderazgo y gran riqueza interior. Afectuosa y tierna, era maternal por naturaleza.

En sus escritos fue la lira que tocó siempre salmos de alabanza al Señor y para los indígenas fue consuelo, amor y bondad.

Su maternidad la ejercía en la misión, en la recreación, en la tormenta, el hambre, la furia de la naturaleza o en las vicisitudes de la vida diaria.

Aunque exigente era ejemplar en el trabajo; en la oscuridad de los caminos, en las largas noches en la selva; en medio del silbido de las culebras o el rugir de las fieras era la fortaleza para las monjas. Inmensa ante la calumnia que llegó hasta destruir su corazón. De carácter emprendedor y exigente. Fue la Capitana con monjitas buenas, a veces ciegas para encontrar soluciones.*

La escritora

Su autobiografía reservada a muy pocos, está muy cerca de las Confesiones de San Agustín, la Autobiografía de San Pedro Claver y la Historia de un Alma de Santa Teresa de Jesús.

Adquirió su cultura en las lecturas bíblicas y de la vida de los santos; en las cartas que a diario recibía de altos Jerarcas de la Iglesia, Presidentes, Legisladores, padres de familia y sus alumnas, como también en el trato con la gente en la vida cotidiana.

Se siente en sus obras vida, humanidad, pasión, amor, sinceridad, convicción.

Fuente de las tres grandes mercedes o gracias de las que habla Santa Teresa en *Camino de Perfección*. Es literatura mística.

El defecto que algunos hallan en sus escritos, es la ausencia de fechas.

* Mesa, Carlos E. Una antorcha de Dios en las selvas de América. Cargraphis, S. A., 1999, p. 554.

Anexo B

Índice bibliográfico de sus obras:

- Las Constituciones
- El Directorio o guía de perfección
- Consuetas o santas costumbres
- Manual de oraciones
- Circulares
- Ceremonial de la comunidad
- Lampos de luz
- Proyecciones de un corazón humano divino
- Voces místicas de la naturaleza
- Manojitos de mirra
- Destellos del alma a manera de versos para uso de las hermanas
- Fruterito
- Carta abierta al doctor Castro
- Cartas misionales
- La aventura misional de Dabeiba*

* Mesa, Carlos E. Una antorcha de Dios en las selvas de América. Cargraphis, S. A., 1999.

Pérez Medina, Julián. Crónica de Isabelita. (Miembro de la Academia Antioqueña de Historia. Sin más datos.

Edición autores regionales Secretaría de Educación. Madre Laura. Medellín, 1986

Elejalde, Hernando. Copias mimeografiadas.

Artículos de prensa:

Rincón, María Jesús. Hermanas Lauritas. Periódico El Mundo. 13 de junio de 2003.

Mora, María Isabel. Aprobación del milagro que llevará a la beatificación de la Madre Laura. Crónica.

Arango, Dayana. La Madre Laura será beatificada. El Colombiano, julio 8 de 2003.

Anexo C

Carta abierta de la madre Laura Montoya

(apartes porque es muy extensa)

La defensa que emprendo es ineluctable por cuanto hay intereses sagrados, todavía más, mucho más, que los de mi propia reputación por usted comprometida. Si ésta sola fuera afectada, yo, a imitación de héroes de la santidad, quizás debería sacrificarla, siquiera fuera en holocausto a la paz de un hogar, para el cual, muchos títulos, pido al cielo dicha humana y eterna.

Hablo para impedir el escándalo que por el silencio que he guardado hasta ahora, puedan recibir mis discípulas y los padres que me las confiaron. Hablo en defensa de las prácticas piadosas y de las maestras católicas que usted ha atacado en mí. Por la honra de un colegio que fue objeto de la aprobación y de los favores de la autoridad eclesiástica en esta arquidiócesis. Hablo para defensa de mi fama que necesito bien cimentada para realizar la vocación a la vida del claustro que desde niña he tenido, y porque de esa reputación depende el pan para una madre anciana y achacosa y para una hermana enferma. Hablo, en fin, por el buen nombre de mi discípula, a quien usted hace pasar por una calumniadora o como traidora a las sagradas leyes de la amistad y de la gratitud.

Ahora bien, señor: Si usted se hubiera contentado con narrar los sucesos como acontecimientos en efecto, si hubiera pintado los caracteres como

son en realidad, su obra no pasaría de ser la divulgación indecorosa de asuntos de familia. Pero esto fue lo de menos, doctor. Enardecido, no sé si por su espíritu de secta, por fanatismo político, por susceptibilidad de familia o sed de venganza, no le bastó a usted recoger aquí y allá las murmuraciones callejeras a propósito del caso, ni prohiar incondicionalmente la explicación interesada, inopinada y errónea de los hechos que le dieron en los primeros momentos de ofuscación, sino que, desfigurando y adulterando sucesos y caracteres hasta lo inconcebible en hombre serio, inteligente y de conciencia artística, como usted, hizo de lo que pudo ser obra de estética y observación, un libelo infamante, a la vez que descabellado y pueril, con pretensiones de sátira o tesis contra las tendencias monásticas...”

¿Pretendió usted con su hija espiritual volver por los fueros de su familia que consideraba ultrajados? ¿Pretendió vengar la afrenta imaginaria, haciendo a los suyos un acto de desagravio? Así es de suponerse y así lo suponen muchos. Pues si tales fueron sus intenciones, tendré que decirle, señor doctor, aunque mi opinión parezca muy parcial, muy desautorizada y muy presuntuosa, que anduvo usted en extremo desacertado. Aunque la ofensa irrogada fuera real y efectiva, con venganzas como la suya no se desagravia a nadie, ni menos se honra y se enaltece a una familia; al contrario, quien arroja lodo, tiene de mancharse y si lo arroja en nombre de otros, tendrá de mancharlos también. Eso es muy claro. De tanto fango como usted me lanza bien puede caer algún chisguete en el blasón mismo de su familia.

Al dar usted a la publicidad asuntos espinosos de su propia casa, asuntos de suyo discutibles, que presentan muchas fases y admiten diversas interpretaciones, ha puesto usted de hecho, en tela de juicio no sólo a la acusada sino también a los acusadores: a la gente suya. Y como quiera que el ridículo y la calumnia son, por otra parte, armas de doble punta, acontece con frecuencia que salga más herido el atacante que el atacado mismo...

Ahora bien, señor doctor: Si Nuestro Señor Jesucristo no hubiera prescrito a la humanidad el perdón absoluto, sincero y general para todas las ofensas recibidas, si de éstas hubiera exceptuado algunas, siquiera fuesen las irrogadas por aquellas de quienes dijo: “Ay del escandaloso,

mejor le fuera que le colgaran a su cuello una piedra de molino de asno y le anegasen en lo profundo del mar”, si de éste perdón hubiera sido eximido el cristiano, yo, doctor Castro, no le perdonaría a usted jamás, el horrendo mal que me hizo poniendo en mis labios la homilía nefanda –creación diabólica– dirigida por su heroína a la discípula predilecta, con el fin de manchar su alba vestidura de inocencia y hacerla desistir de santos propósitos.

¡Ah! Señor doctor: Cuán hondo, cuán inmerecido es el mal que usted me ha hecho en la opinión de quienes me conocen. ¿Podrá usted algún día restituirme la fama que me ha arrebatado, secar los torrentes de lágrimas que he vertido, devolverme la paz y la santa ignorancia que usted ha destruido? Obra de usted es todo esto. Que Dios le perdone.

En vista, pues, de mi situación, en vista de la exposición y documentación que preceden, yo le pido, que si en su carácter cabe enmendar su yerro y conjurar los daños conjurables, me ayude a rehabilitarme. Su cooperación será en el, presente caso lo único que podría valerme. Le pido, en consecuencia, que haga alguna aclaración o rectificación a su novela “Hija Espiritual”. Que desarme a los enemigos que me granjeó: Que declare mi inocencia ante el mismo público ante quién me ha acusado.

Yo le pido esto, en nombre de la justicia y la razón, en nombre de su conciencia y su honorabilidad, en nombre de tres mujeres desvalidas, víctimas inocentes de su obra.

Si usted no acogiere mi reclamo, comparezco sola, sin voz autorizada que me apoye, ante el tribunal de la opinión. Ante él estoy. A él le pido justicia, a él le pido que prescinda del victimario. Si no revocare la sentencia procuraré tener siempre en mi corazón y en mi espíritu el versículo de la oración por excelencia: “Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo”.

Medellín, julio 4 de 1906

Mesa Carlos E. obra citada anexo B.